



PROLOGO.

Aquí tienes, lector amable—para tu recreo y solaz—este nuevo libro que de buena gana ofrezco á tu benévola curiosidad, con deseo vivísimo de conseguir que sus desaliñadas páginas te den apacible entretenimiento y grata diversión.

Júrote por quien eres, no por quien soy, que desde ahora me someto á tu fallo, por adverso que me sea; que desde hoy agradezco tus elogios y me pago de tu aplauso, si aplauso y elogios tuvieses para mí; que respetuoso y humilde acataré tus juicios, siempre muy atinados y discretos, por contrarios que me fueren, y te prometo para otra ocasión enmendarme y corregirme, si en algo ó en mucho me corriges y enmiendas, pues no soy pecador empede-

nido y contumaz, y, á fuer de buen cristiano, sé dolerme de mis culpas y arrepentirme de mis pecados.

En esta novela encontrarás descritas y pintadas varias cosas que he visto con estos mis ojos, y entre ellas muchas otras de las cuales me han dado conocimiento la sociedad en que vivo y los círculos que he frecuentado: todas comunes y corrientes, llanas y vulgares, y tanto que, puedes creerlo, son como el pan de cada día.

Mas como acontece á menudo que los lectores de este linaje de historias,—por buenos que parezcan y por excelentes que se muestren,—si conocen al autor suelen atribuirle los hechos narrados en libro escrito de su pluma, y si éste tiene forma autobiográfica llegan hasta declararle protagonista de la obra, adviértote que ésta mía, verídica como la crónica más verdadera, no contiene retratos, (Dios y el Arte me han librado de hacerlos) y que nada de lo que voy á contarte me ha pasado, ni me acaeció jamás cosa alguna de todo cuanto vas á saber. Lucidos y medrados andaríamos los novelistas, viviendo tantas vidas, llorando tantas desventuras, y traídos y llevados de dolor en dolor.

Cierto es,—y vaya en excusa de tales lectores,—que el autor está siempre en sus obras, y que “eso de la impersonalidad en la novela” es empeño tan arduo y difícil

que, á decirte verdad, le tengo por sobrehumano é imposible.

Plázcate mi novela de “Los Parientes Ricos;” que ellos te dejen convidado para leer otro librito que tengo en cañamazo, “La Apostasía del P. Arteaga;” y que Dios te bendiga, y á mí me guarde de aquellos “sotiles y almidonados” de quienes, con ser quien era y valiendo tanto como valía, se mostraba tan receloso mi señor y maestro don Miguel de Cervantes Saavedra.

Pluviosilla a 29 de mayo de 1901.

RAFAEL DELGADO.

